

Diane Wei Liang

La Casa del Espíritu Dorado
El tercer caso de la detective Mei Wang

Traducción del inglés de
Lola Diez

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A Mei le habían dicho que la Píldora del Espíritu Dorado podía curar los corazones rotos. Ella no se lo había creído. Eso era un cuento, una historia de las que les gusta contar a las viejas mientras comen pipas de girasol a la puerta de sus casas con patio. Mei no podía creer una cosa como aquélla más de lo que podía creer que el aliento de Duhuang había creado el universo. Ella era una mujer de treinta y dos años, moderna, con estudios, racional. Si los desengaños amorosos del pasado le habían enseñado algo, era que sólo el tiempo puede curar un corazón roto.

Y en eso era en lo que se equivocaba.

Sonó el teléfono, despertando a Mei. Las 7:28 AM estaban iluminadas en el aparato de música del apartamento de cortinas echadas.

–¿Estás durmiendo? –la voz de su hermana Lu brotó del auricular en cuanto Mei lo descolgó.

–Ayer salí hasta tarde.

–¿A hacer qué?

–Estaba trabajando en un caso en el Barrio Sur.

–¿Quién vive en el Barrio Sur?

–La gente que no tiene dinero para vivir en ningún otro sitio.

–¿Y qué hacías tú allí?

–Iba siguiendo al marido de una clienta y a su amante.

–Creí que tenías un ayudante para que te hiciera ese tipo de cosas.

–Gupin no conduce. No tiene coche.

–Pues menudo inútil.

–A mí no me importa. Se suponía que no iba a estar hasta tan tarde. Pensé que iban a cenar.

–¿En el Barrio Sur?

–Al final resultó que a lo que habían ido era a encon-

trarse allí con más gente. Uno de ellos era el Subsecretario Liang Jiabao.

–¡Pero Mei!

–Yo creo que no me reconoció –Mei sólo se había cruzado con él una o dos veces en el Ministerio de Seguridad Pública, hacía ya años, cuando ella era una agente subalterna.

–Pues tampoco sería raro, con lo famosa que te hiciste al dejar el Ministerio. Ten cuidado.

–No te preocupes, estoy bien. ¿Para qué me llamabas?

–Tenemos que hablar de mamá.

–¿Está bien?

–En el hospital no está, si es a eso a lo que te refieres.

–¿Entonces qué pasa?

–Mejor nos vemos. Voy para el Club de Golf Changping, puedo recogerte al pasar.

–Pero Lu, ya sabes que yo no juego al golf.

–Es viernes, no va a pasar nada hasta la semana que viene. Déjale el trabajo a tu secretario... algo tiene que hacer el pobre.

–Gupin tiene ya un montón de cosas que hacer.

–Eres demasiado blanda. Voy a darme una ducha y paso a recogerte en tres cuartos de hora.

–¿O sea que tú también te acabas de levantar?

Mei pensó que su hermana debía de haber ido otra vez a alguna de esas fiestas glamourosas suyas.

–Qué va. Me acabo de pasar una hora nadando –dijo Lu con acento triunfal.

Colgaron.

Mei abrió la cortina y luego la ventana. La luz del sol se derramó dentro, calentándole la cara.

Por debajo, la Segunda Vía de Circunvalación era un mar de tráfico. Un vendedor de verduras con los panta-

lones remangados hasta las rodillas iba accionando los pedales de un triciclo de reparto por la calle de delante de su *xiaoqu* (el conjunto residencial en el que Mei vivía). A su paso gritaba: «¡Vendo maíz! ¡Vendo pepinos y cebollino! ¡No llevo un *jin* que no sea de calidad!».

Los ciclistas, en una cola detrás del triciclo, impacientes por pasar, hacían sonar los timbres.

Mei se asomó por la ventana y bajó la vista al patio de delante de su edificio. Como de costumbre, allí estaba el grupo de hombres y mujeres mayores haciendo taichí. Pensó sobresaltada en lo que Lu había dicho del Subsecretario Liang. ¿Y si la había reconocido? ¿Seguía allí el coche blanco cuando ella se marchó la noche anterior? ¿Y el coche negro? Mei intentó acordarse. Por alguna ventana que debía estar abierta en algún lugar, se oían en la radio las noticias de la mañana.

Era un bonito día de primavera, se dijo a sí misma, sin nada que se saliera de lo normal.

Cerró la ventana y fue al salón. Su bolso estaba sobre la mesa del comedor, con la correa sobresaliendo por el borde. Su chaqueta estaba abandonada en el respaldo de una silla. El correo de ayer, que había soltado sobre la mesa al entrar la noche anterior, seguía allí esparcido en un pequeño montón. Pasó los dedos por encima... facturas, propaganda, una postal. La cogió y leyó:

Queridísima Mei, mi billete de avión para Pekín acaba de llegar. Ya está todo. Nos veremos dentro de tres semanas y por fin estaremos juntos. He venido a Banff a la boda de Jeff. ¡Esto es precioso! Te quiere, Yaping.

Mei le dio la vuelta a la postal y miró hipnotizada el palacio que se alzaba en mitad de un bosque, con altos

montes detrás. Se imaginó que aquél debía de ser el lugar donde se celebraba la boda. ¿Quién era Jeff? ¿Sería un socio de la empresa de Yaping, o algún compañero de la escuela de Empresariales? Ella no lo recordaba. Y ¿dónde estaba Banff? Leyó lo que ponía en letra más pequeña: «Hotel Banff Springs, Banff, Canadá».

Dejó la postal en la mesa. Faltaban tres semanas para el verano.

Las flores se estaban muriendo en el jarrón. Mei pensó que quizá podría salvarlas cambiándoles el agua. Se las había regalado Tang Rong, un detective privado de Shanghai. Se conocieron en la conferencia anual de «Consultores de Información y Seguridad»: una clave que usaban para vadear el problema de que los detectives privados estaban prohibidos en China.

Hacía unos días, Tang Rong había venido a Pekín por asuntos de trabajo. Mei quedó con él en la recepción de su hotel. Le sorprendió que Tang Rong le regalara unas flores: le gustó ese toque de sofisticación al estilo de Shanghai. Fueron a un restaurante tailandés. No había mucha gente, pero la comida estaba buena. Hablaron de lo que había pasado desde la última vez que se habían visto y de la gente que conocían y de los casos en los que estaban trabajando. En algún punto entre la sopa de Tom Yom y la lubina crujiente, la conversación entre ellos decayó. Tang Rong pareció perder el interés. Mei puso más empeño y habló más, con la esperanza de arreglar los errores que hubiera podido cometer y volver a conectar con él. No hubo forma. Se separaron en la puerta del restaurante, Mei con las flores en la mano. Ninguno de los dos dijo nada de volver a verse.

Mei colocó la kettle sobre la estufa. ¿Qué había pasado aquella noche? No conseguía entenderlo. ¿Habría

hablado demasiado de sí misma, como Lu le aconsejó que no hiciera? Mei recordó que su hermana le había dicho por teléfono: «A los hombres, te digan lo que te digan, lo único que les interesa son ellos mismos».

El agua empezó a hervir. Mei se la sirvió en una taza con café instantáneo. Una fina espuma se elevó hasta la superficie. Mei volvió a mirar las flores agonizantes. Seguía sin poder entenderlo. Se terminó el café y se fue a darse una ducha. El agua tardaba mucho rato en calentarse. Se dio una ducha templada y salió tiritando. Sonó su teléfono móvil. Lu estaba abajo.

–Como vengas en sandalias no te van a dejar entrar –le había advertido su hermana.

Mei buscó algo un poco mejor que ponerse. El club de golf debía de estar lleno de gente rica como su hermana. Rebuscó por su armario y eligió una chaqueta Burberry de las que se fabricaban para el extranjero y ahora compraban los chinos, del Mercado de la Seda.

Al salir del edificio, Mei hizo un reconocimiento rápido. El coche blanco ya no estaba. En el coche negro no había nadie. Dos niñas mayores pasaron agarradas del brazo, soltando risitas. En mitad del patio iluminado por el sol estaba el Mercedes de Lu, espléndido, plateado.

Mei se metió por la puerta de atrás y saludó al conductor. Su hermana estaba hablando por el teléfono móvil. Le echó a Mei una sonrisa y le hizo un gesto de bienvenida. Llevaba un polo blanco, un jersey, pantalones y zapatos de golf. El pelo se lo había teñido de castaño y lo llevaba recogido en una coleta alta. En los lóbulos de sus orejas destelleaba un par de broches de diamantes.

El conductor sacó el coche del *xiaoqu*. Pasaron ante un mercadillo callejero. La gente se levantaba y se que-

daba mirando, intentando ver quién iba sentado detrás de los cristales ahumados. El coche avanzaba despacio. Había puestos de verduras, vendedores ambulantes con triciclos y mujeres que llevaban cestos. A la puerta de una tienda de ultramarinos, un grupo de jóvenes, con la espalda doblada, discutían y fumaban.

En la Segunda Vía de Circunvalación, la luz resultaba deslumbrante. Las fachadas de cristal de los rascacielos despedían reflejos. Lu apagó el teléfono. Iban a toda velocidad hacia la Autopista de Badaling.

–¿Qué era eso de mamá de lo que querías que habláramos? –preguntó Mei.

–Más tarde –dijo Lu, señalando con un gesto al conductor.

Mei comprendió y asintió con la cabeza. Lu se ajustó la correa de la gorra.

–¿Estás preparada para el torneo? –preguntó Mei. Lu iba a participar en el Torneo de Golf de los Famosos en un par de semanas.

–No. He quedado con mi profesor en el campo.

–¿Quién va a jugar?

–Tian Tian, Richard Liang, de Hong Kong, Li Hui, Zhang Ming y Ma Yuan: el marido y la mujer de la Inmobiliaria SUHU.

Sonó el teléfono de Lu. Ella lo cogió.

–Lo siento, es mi productor –susurró.

Durante los treinta minutos que siguieron estuvo discutiendo con su productor los siguientes episodios de su programa de televisión. Mei miraba pasar la ciudad por la ventana.